

SAINETE Y CONTEMPORANEIDAD

GUILLERMO HERAS

Hace ya unos años tuve el privilegio de prologar una de las obras más complejas de la escritura teatral contemporánea española. Se trataba del texto "Perspectivas para un cuadro" de Pedro Montalbán Kroebel y Antonio Cremades. Esta obra fue Premio Alejandro Casona, 2008 y, por desgracia, sigue sin ser puesta en escena. La valentía de estos autores, a los que conozco desde los primeros tiempos de la Muestra de Teatro Español de Autores Contemporáneos, ha dado como resultado que sus escrituras conjuntas las hagan sin prejuicios ni ataduras sobre la estrecha mirada del teatro español de mercado.

Esta obra que aquí se prologa proviene de una emotiva experiencia que iniciamos, gracias al apoyo del Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, en 2018. En principio, un taller de dramaturgia sobre ese imaginario que a mí, como impulsor de la idea, siempre me había fascinado: La Casa de Tabacos de Alicante y, dentro, ese universo tan teatral que creaban sus trabajadoras, las cigarreras, a través de un montón de años de Historia. Esa gran Historia que siempre envuelve a las pequeñas historias de nosotros mismos, los ciudadanos anónimos pero siempre condicionados por los sucesos políticos, económicos y sociales de nuestro alrededor.

Pedro y Antonio formaron parte de ese núcleo en el que cada cierto tiempo nos reuníamos en la Casa Bardin con la historiadora Caridad Valdés, con el dramaturgo, Rodolf Sirera, con mi amigo y codirector de la experiencia Juan Luis Mira y con las propias cigarreras que aún viven y recuerdan sus experiencias antes de que fuera cerrada la nueva fábrica y después de ser trasladadas de lo que hoy es el Centro Cultural Cigarreras.

Al igual que en otras ocasiones las aportaciones de Pedro y Antonio fueron fundamentales para el compromiso con que fue creciendo el primitivo proyecto. De escrituras de fragmentos escritos por los diferentes integrantes y el desarrollo de unas lecturas dramatizadas hasta la consecución de varios textos autónomos.

Uno de los textos que vieron la luz es este "Lamento de Jean Nicot", en el que vuelven a repetir la aventura de escribir a cuatro manos, acometiendo la tarea de propiciar una escritura abierta y atractiva para poder llegar a ser un espectáculo en los escenarios vivos.

Vivimos momentos de excelencia en las escrituras dramáticas actuales de nuestro país y, en concreto, en la Comunidad Valenciana esta creatividad se demuestra a través de múltiples opciones estilísticas como así nos demuestra este texto de Pedro y Antonio.

"Lamento de Jean Nicot" está construida en diferentes niveles, tanto de lenguajes, como de ambigüedad calculada en lo que se refiere a su espacialidad y temporalidad. Esta propuesta es, sin duda, lo que podríamos denominar "un trabajo en proceso", de ahí que los diferentes planos lingüísticos que aparecen a lo largo del texto puede que en su conjunto provoquen una cierta sensación de barroquismo. Las rupturas espacio/temporales, el plano de Nicot, en la necesaria pantalla funcionando como elemento dramático a lo largo de la obra, los elementos históricos y verídicos de la gran Historia, tales como el incendio y la huelga de cigarreras, la escena VII como homenaje al maquinismo de tantas propuestas de las vanguardias históricas de comienzos del XX, una escena que es casi "un falso Müller" o las claras referencias posmodernas y la intertextualidad. Hay citas muy divertidas, la crítica a algo tan de moda como las referencias a creadores de otros géneros: "¡Qué manía con meter a Tarantino en el teatro!" y las propias escenas de representación entre Chejov y Arniches.

Especialmente interesante me resulta el juego escénico de situar un doble y hasta triple plano de personajes que se mueven entre los nombres "chejovianos" de Olga, Andrei o Irina, y aún el nombre del gran maestro ruso Konstantin, que a su vez representan en el sainete a la Isidra, Prudencio o Benigno por un lado y a la Bienpeiná, Justa la del Cisco, Lolita la morena o Don Rigoberto, por otro. Y todo ello con una naturalidad admirable.

De alguna manera parte del texto me ha remitido a un debate que aún pesa en nuestro teatro sobre qué es modernidad, postmodernidad o vieja tradición. Al confundir continuamente lo que se llamó el período histórico denominado “modernidad” se sigue aplicando este término comúnmente a todo aquello que no tiene que ver con la escritura o representación tradicional. De ahí surge ese esnob concepto de confundir lo que es moda con lo que es libertad de creación. Es curioso como uno de los personajes que interpreta a un personaje dice en la obra a colación de la representación del sainete: “A mí me parece antiguo”.

Y de este texto me surge la reflexión y la afirmación de cómo, para mí, Carlos Arniches fue uno de los más grandes autores españoles del siglo XX y sus sainetes, con un adecuado tratamiento escénico, siguen siendo un material artístico de gran interés.

En una entrevista que concedió Arniches en el Heraldo de Madrid que publica Antonio Massa, este le pregunta:

“Díganos, Don Carlos ¿qué juicio le mereció el teatro de 1890, el teatro de sus comienzos?”

-De una candidez inefable, escaso de contenido, inocente. Imperaban entonces en la escena Vital Aza y Ramos Carrión, con sus juguetes y arreglos de obras francesas. A mí me parecía toda aquella labor -que hacía no obstante las delicias del público- ingenua. Le faltaba pasión, humanidad, vida, justamente lo que yo me propuse insuflar a la mía. Como es natural, chocaron mis primeros ensayos. Se dijo que mis obras eran melodramas comprimidos. Le confieso que no he podido averiguar el sentido de tal calificación”.

De esta reflexión de Don Carlos podemos sacar varias ideas. Para mí, la más importante, es que todo texto teatral puede tener una determinada autonomía literaria al margen de lo que luego se realice con su representación. Otra, que una cosa es la recepción de la autoría teatral por parte de la crítica, o eso que se suele llamar “la profesión” y otra la de los espectadores que asisten a la ceremonia de la representación sin clichés preconcebidos. De ahí que las nociones de “moderno”, “postmoderno” o “antiguo” me parezcan muy relativas, incluso, sobrevaloradas.

Cuando ya casi al final de la obra de Pedro y Antonio, Masha dice:

“¡Regresar! ¡Regresar! Desandar las leguas sin número de este río de muerte. Borrar estúpidamente tantos días y noches, las semanas, los meses de barro y fiebre, de tratamientos venenosos, de dolor interminable y de calor, calor espeso y brumas en mi mente de personaje... Olvidar la recuperación prometida, los años de sueños aplazados y de fatigas luchando contra las palabras y pedirle a mi intérprete que lo grite a los cuatro vientos. Me llamo (la actriz dice su nombre real)... Mi personaje no soporta los eufemismos. ¡Los odia! ¿Por qué lo llaman larga y penosa enfermedad? ¡La palabra maldita es cáncer!”

En este fragmento desgarrador y emotivo encuentro esa idea de escritura sincera y auténtica que tanto demando a la dramaturgia actual. Al final de la obra los diferentes parámetros estilísticos que han ido entramando los autores encuentran todo su sentido formal y de contenido, desde esa primera carta de Jean Nicot, a los planos de representación dentro de la representación en su juego, casi pirandelliano o si se quiere de una cierta tendencia postmoderna.

Así pues, nos encontramos ante un texto dramático que aúna aciertos tales como su imaginativa estructura dramática con el de la construcción de unos personajes que, en una posible representación, sin duda harán las delicias de unos actores imaginativos y de una dirección valiente y comprometida con una escena contemporánea.